

cielo, mar y tierra

Poesía y prosa de
Gabriela Mistral

Prólogo y selección de
Manuel Peña Muñoz

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL

cielo, mar y tierra



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

Cielo, mar y tierra
Poesía y prosa de Gabriela Mistral

© Ediciones Biblioteca Nacional, 2015
© Orden Franciscana de Chile, 2015

Colección infantil y juvenil

ISBN: 978-956-244-322-7
Derechos exclusivos reservados
para todos los países

Biblioteca Nacional de Chile
Av. Libertador Bernardo O'Higgins 651
Santiago de Chile
Teléfono: +562 2360 5327
www.bibliotecanacional.cl

Ministro de Relaciones Exteriores
Roberto Ampuero Espinoza

Encargada de Literatura y Patrimonio
Dirección de Asuntos Culturales (DIRAC)
Ministerio de Relaciones Exteriores
Alejandra Chacoff Ricci

Subsecretario de Relaciones Exteriores
Alfonso Silva Navarro

Dirección editorial
Thomas Harris Espinosa

Subsecretario del Patrimonio Cultural
Emilio de la Cerda Errázuriz

Disño editorial
Felipe Leal Troncoso

Directora de Asuntos Culturales (DIRAC)
Ministerio de Relaciones Exteriores
Maritza Parada Allende

Asistente editorial
Javiera Mariman Retamal

**Director (s) del Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural**
Javier Díaz González

Periodista editorial
Juan Pablo Rojas Schweitzer

Director Biblioteca Nacional de Chile
Pedro Pablo Zegers Blachet

Portada
Adaptación de la guarda del libro *Los
anteojos del doctor Olid*. Hernán del Solar,
Editorial Rapa Nui, Santiago, 1947.

Impreso en Chile
por Salesianos Impresores S. A.

cielo, mar y tierra

Poesía y prosa de
Gabriela Mistral

Prólogo y selección de
Manuel Peña Muñoz

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL



Índice

Prólogo	8
A los niños	11
El cielo	13
El mar	25
La tierra	37
De puño y letra	65
Procedencia de los textos	70
Bibliografía	74

Prólogo

La Biblioteca Nacional ofrece a los lectores y especialmente a los niños y niñas de Chile esta selección de poemas, cuentos y prosa poética de Gabriela Mistral (1889-1957) como un homenaje a los 70 años en que la escritora chilena recibió el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo, Suecia, en 1945. Se trata de una antología de textos ordenados bajo los temas de Cielo, Mar y Tierra ya que la mirada abarcadora de la escritora registra estos tres mundos. En el celestial, contempla los ángeles, las nubes, las estrellas, los pájaros, el águila o las golondrinas. Va de lo espiritual pasando por la belleza del día y la noche hasta llegar a las aves del cielo.

En el mundo marítimo registra a los pescadores, el viento, la arena, las barcas, la playa, la ballena y hasta los mitos de las islas australes como El Caleuche que surca los canales de Chiloé.

Lectora de la Biblia, desde que era muy niña, la autora conoció a los personajes del Antiguo Testamento que siempre aparecen en estas páginas pues fueron la referencia fundamental de sus primeras lecturas. Si otros niños tuvieron a Blanca Nieves o la Cenicienta, la niña Lucila tuvo a Jonás que estuvo dentro del vientre de una ballena o a Moisés que abrió en dos el Mar Rojo para que pasara el pueblo hebreo. Los textos mistralianos están llenos de referencias bíblicas porque este libro sagrado la maravillaba.

En estas páginas seleccionadas aparece el deslumbramiento que le produce el mar, sobre todo a una niña como era ella, sumida en el valle del Elqui, “cenido de cien montañas o de más” donde el mar era una referencia lejana y casi mágica.

Luego está su visión de la tierra donde las niñas juegan a la ronda. La tierra chilena de su infancia con sus manzanos, higueras y viñas está presente en estos textos. Gabriela le habla al niño indio pidiéndole que apegue su

oído a la tierra para que escuche su latido. La tierra habla. Solo hay que saber interpretarla. Con sus ojos profundos, observa la delicadeza del musgo sobre la piedra y la belleza de la encina. Todo le sorprende: el tronco del árbol, su follaje, su sombra. Ahí contempla un sauce. Tanto lo mira que lo hace suyo, toma su voz y lo hace hablar para que sepamos su pensamiento.

En el patio mira la tortuga con su pasito lento y su caparazón de dibujos geométricos. Hay belleza también en la tortuga y hasta en el topo que anda bajo la tierra. Todo le asombra y le despierta su imaginación. Hasta de las cañas sabe hilvanar un cuento porque ha leído a Hans Christian Andersen, el poeta de la infancia, y de él ha aprendido que las pequeñas cosas también saben expresarse. De todo cuenta una historia, de la raíz del rosal y de las rosas que tienen espinas.

Estas pequeñas narraciones tienen algo de los cuentos de Óscar Wilde, en su belleza de estilo y en su profundidad espiritual. Cada una es una pequeña parábola sobre el comportamiento humano. El último cuento del conjunto reúne su visión del mar y de la tierra a través de los sueños imaginados de tres niños junto al abuelo. Solo el tercer niño declarará sus principios alejados del mundo real porque ese niño es el poeta.

Sin duda, estos textos acercarán a los lectores adultos, jóvenes y niños, a una Gabriela Mistral menos conocida y más cercana. Esperamos que sean un deleite y un aporte a la mejor comprensión de su obra.

Manuel Peña Muñoz



A los niños

Después de muchos años, cuando yo sea un
montoncito de polvo callado, jugad conmigo, con la tierra
de mis huesos. Si me recoge un albañil, me pondrá en un
ladrillo, y quedaré clavada para siempre en un muro, y
yo odio los nichos quietos. Si me hacen ladrillo de cárcel,
enrojeceré de vergüenza oyendo sollozar a un hombre; y si
soy ladrillo de una escuela, padeceré también por no poder
cantar con vosotros, en los amaneceres.

Mejor quiero ser el polvo con que jugáis en los caminos
del campo. Oprimidme: he sido vuestra; deshacedme,
porque os hice, pisadme, porque no os di toda la verdad y
toda la belleza. O, simplemente, cantad y corred sobre mí,
para besaros las plantas amadas.

Decid cuando me tengáis en las manos, un verso
hermoso y crepitare de placer entre vuestros dedos. Me
empinaré para miraros, buscando entre vosotros los ojos,
los cabellos de los que enseñé.

Y cuando hagáis conmigo cualquier imagen, rompedla a
cada instante, que a cada instante me rompieron los niños
de amor y de dolor.

Gabriela Mistral





el cielo

Las nubes

Nubes vaporosas,
nubes como tul,
llevad l'alma mía
por el cielo azul.



¡Lejos de la casa
que me ve sufrir,
lejos de estos muros
que me ven morir!

Nubes pasajeras,
llevadme hacia el mar,
a escuchar el canto
de la pleamar,
y entre la guirnalda
de olas cantar.

Nubes, flores, rostros,
dibujadme a aquel
que ya va borrándose
por el tiempo infiel.
Se desgaja mi alma
sin el rostro de él.

Nubes que pasáis,
nubes, detened
sobre el pecho mío
la gresca merced.
¡Abiertos están
mis labios de sed!

Balada de la estrella

- Estrella, estoy triste.
Tú dime si otra
como mi alma viste.
- Hay otra más triste.

- Estoy sola, estrella.
Di a mi alma si existe
otra como ella.
- Sí, dice la estrella.

- Contempla mi llanto.
Dime si otra lleva
de lágrimas manto.
-En otra hay más llanto.

- Di quién es la triste,
di quién es la sola,
si la conociste.

- Soy yo, la que encanto,
soy yo la que tengo
mi luz hecha llanto.

El ángel guardián

*Es verdad, no es un cuento;
hay un Ángel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.*

Tiene cabellos suaves
que van en la venteada,
ojos dulces y graves
que te sosiegan con una mirada
y matan miedos dando claridad.
(No es un cuento, es verdad.)

Él tiene cuerpo, manos y pies de alas
y las seis alas vuelan o resbalan,
las seis te llevan de su aire batido
y lo mismo te llevan de dormido.

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su taimada envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Es quien te ayuda a que cortes las rosas,
que están sentadas en trampas de espinas,
el que te pasa las aguas mañas
y el que te sube las cuestas más pinas.

Y aunque camine contigo apareado,
como la guinda y la guinda bermeja,
cuando su seña te pone el pecado
recoge tu alma y el cuerpo te deja.

*Es verdad, no es un cuento:
hay un Ángel Guardián
que te toma y te lleva como el viento
y con los niños va por donde van.*



Emigración de pájaros

Como si nos saludasen
desde lo alto la llegada
a la extremosa región
a la madre más lejana,
viene por los aires altos
como por obra de gracia,
cortando el azul celeste,
la mayor “gente” emigrada.
Vienen, vienen, los pelícanos...



- ¿Qué ves, mamá, que no veo
y miras embelesada?

- Para que los veas, párate.
¡Qué lindas recién llegadas!
Son las gentes del mar último,
pelícanos en bandadas.

- Miéntalos, mamá, ja, ja,
ya veo ya la bandada.

- Porque es pura nieve y hielo
la Patagonia extremada,
vienen las aves del mar
en esa cinta azorada.
Tantas son que cubrirían
el potrero, si abajaran.

- Gritan, mamá, gritan todas.
Será que temen y llaman.

- No, mi loquillo, que bajan
gritando por su arribada.
Pero no nos dan el gusto

de oírles bien la algarada.
Conténtate con mirarles
la línea donosa y blanca.

- Pero, ¿para dónde van?
¿Van perdidas y no bajan?

- ¡Qué se van a perder ellas,
mi niño disparatado!
Nosotros, sí, nos perdemos
pero aquéllas nunca fallan.
Bajarán cuando divisen
playa suya acostumbrada.

La peonada ni mira
lo linda que es su pasada.
Las gentes, chiquito, saben
de pájaros poco o nada;
sólo yantares y cosas
y chismes de la contrada*.

Bajan, bajan, bajan en vertical
a pastos acostumbrados.
Óyelas en vez de hablar,
mira y no grites, mi niño...
no te pierdas su pasada.
Ahora se oye un poco más;
es que divisan sus playas...

- Cuenta más, cuenta, la Mama.

*Contrada: arcaísmo que designa una región o lugar.

- Ayunas de calendario,
de señales y de llamada,
las tres o las cinco mil
saben la fecha llegada
y se dan voz de partida
como casta convocada
y suben como llamadas.

Dejan el hielo, la arena
menuda, el nido y las playas,
el sol esquivo y se vienen
hacia la segunda Patria.
Ya se ven más, ya torcieron
el rumbo, como silbadas.
Ellas están advertidas
casi, casi son llamadas.
La mancha se va entreabriendo.
Ya reconocen las playas.
Y ahora es bajar muy recto
y con gritos de arribada.
Bienvenidas a las dunas,
tan dulces y acostumbradas.
Bajan, bajan, bajan todavía...

Miedo

Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan;
se hunde volando en el Cielo
y no baja hasta mi estera;
en el alero hace el nido
y mis manos no la peinan.
Yo no quiero que a mi niña
golondrina me la vuelvan.



Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.
Con zapatitos de oro
¿cómo juega en las praderas?
Y cuando llegue la noche
a mi lado no se acuesta...
Yo no quiero que a mi niña
la vayan a hacer princesa.

Y menos quiero que un día
me la vayan a hacer reina.
La subirían al trono
a donde mis pies no llegan.
Cuando viniese la noche
yo no podría mecerla.
¡Yo no quiero que a mi niña
me la vayan a hacer reina!

El águila

Dorada, con franjas negras como su peña.

Está siempre malhumorada y, de cólera, se le ha enrojecido el ojo y endurecido la ceja.

La encoleriza la peña desnuda, en la que se le resbalan los huevos, la aridez del cielo, su vecino, que no tiene bestias y el bajar tanto para hallar en una quebrada unos huesos de cabrito. ¡Y aquella hambre de sus aguiluchos! Abren todos a una vez el pico, y el nido parece una roca agujereada.

El cielo suele hacer nubes en forma de rebaños de cabras. Pero todo eso es majadería de formas: los chivos, las ovejas, los venados, son puro viento blanco.

Además, está ofendida: allá abajo la tienen hecha un adefesio sobre una columna, en bronce, sujetando un escudo leproso. Lo que ella sujetan son sus huevos en la peña cada día más calva.

Por todo esto se le ha puesto roja la mirada y apretada la ceja.

Está muy sola y detesta ese aire de lo alto, sin los buenos olores de los establos, con caballos heridos que empiezan a pudrirse...



Las golondrinas

No les place la forma de la torre, y cada tarde están trazando otra, otra de costados más ágiles, una torre mejor.

Allí están como todos los días, haciendo el dibujo sobre la palidez de la tarde, que es como una pizarra de oro.

Así...Así...Así...

A ellas, naturalmente, no les corresponde levantarlas. Para eso, los de abajo. Pero a esta hora, los albañiles que se han vuelto cansados, se sientan en el umbral de sus casas, dicen bufonadas a su mujer y no miran “eso”, la torre nueva. Y el arquitecto que vive en la misma plaza, a esta hora, lee en el periódico el chisme sobre Monsieur Poincaré.

Las golondrinas hacen un escándalo de chillidos en el aire quieto como la toca de la beguina. El arquitecto no levanta sus ojos. O los levanta si algo cae de arriba a su cabeza, una gota blanca, que no es leche cuajada...Se limpia y dice:

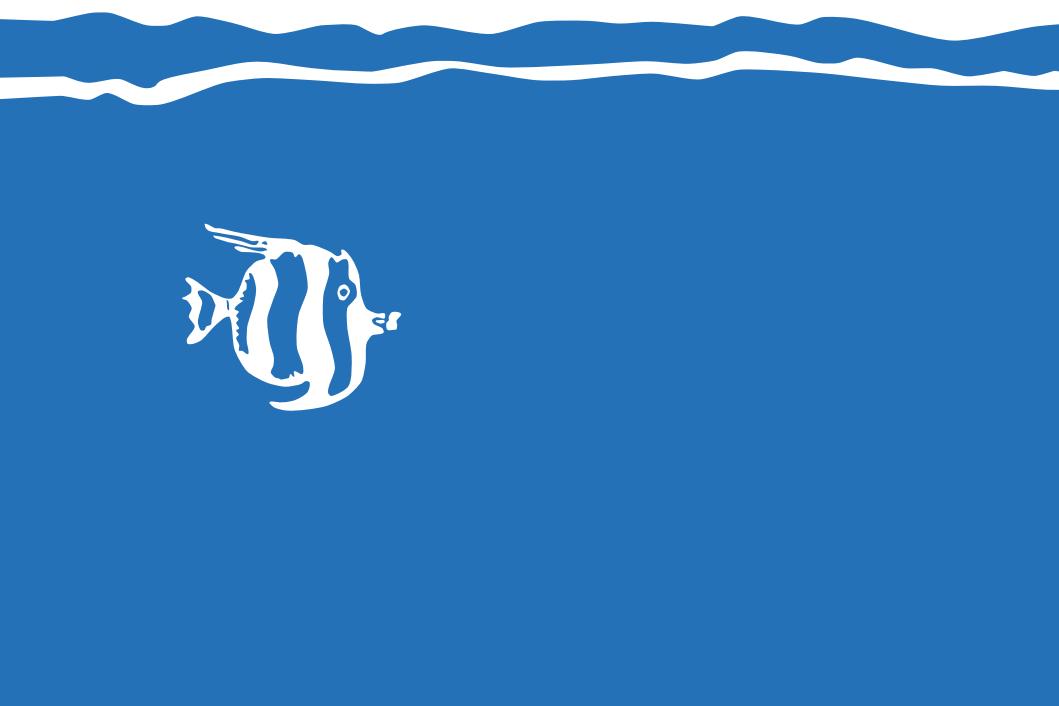
- ¡Las muy insolentes!

Siguen trazando la torre. Si el aire fuera un poco menos ligero, si tuviera al menos el espesor de la plumilla del cardo, ya estaría tejida, con las doscientas agujas apasionadas, tejidas hasta el suelo, porque ellas bajan a la arena de la plazuela y vuelven a subir. Pero no; el aire es una cosa bastante árida en el cual no se sostiene nada, fuera de los malos olores de un pesebre.

Pasan ahora sobre el río, rizándolo con el ala tendida. Invitan al agua, y ella tampoco se presta.

Sí se presta. Antes de la noche sube la niebla y aprovecha el dibujo que encuentra, ella sí, suspensa en el aire. Y allí está la “torre nueva”, más blanca y con los costados más sensibles que la otra. Era eso lo que ellas querían.

Pero al día siguiente ya no aparece, y las golondrinas vuelven a hacer el proyecto frenético con sus doscientos cuarenta compases azules contra la pizarra de oro.



el mar



La Manca

Que mi dedito lo cogió una almeja,
y que la almeja se cayó en la arena,
y que la arena se la tragó el mar.
Y que del mar la pescó un ballenero
y el ballenero llegó a Gibraltar;
y que en Gibraltar cantan pescadores:
«Novedad de tierra sacamos del mar,
novedad de un dedito de niña:
¡la que esté manca lo venga a buscar!»

Que me den un barco para ir a traerlo,
y para el barco me den capitán,
para el capitán que me den soldada,
y que por soldada pide la ciudad:
Marsella con torres y plazas y barcos,
de todo el mundo la mejor ciudad,
que no será hermosa con una niñita
a la que le robó su dedito el mar,
y los balleneros en pregones cantan
y están esperando sobre Gibraltar...



Canción de pescadoras

Niñita de pescadores
que con viento y olas puedes,
duerme pintada de conchas,
garabateada de redes.

Duerme encima de la duna
que te alza y que te crece,
oyendo la mar-nodriza
que a más loca mejor mece.

La red me llena la falda
y no me deja tenerte,
porque si rompo los nudos
será que rompo tu suerte...

Duérmete mejor que lo hacen
las que en la cuna se mecen,
la boca llena de sal
y el sueño lleno de peces.

Dos peces en las rodillas,
uno plateado en la frente
y en el pecho, bate y bate,
otro pez incandescente...

El mar

- Mentaste, Gabriela, el Mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él
y oírmelo sólo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo.
Y así de golpe y porrazo,
él, en brujo marrullero,
cuando ya ni hablábamos de él,
apareció en loco suelto.

Y ahora va a ser el único:
Ni viñas ni olor de pueblos,
ni huertas ni araucarias,
sólo el gran aventurero.
Déjame, mama, tenderme,
para, para, que estoy viéndolo.
¡Qué cosa bruja, la mama!
y hace señas entendiendo.
Nada como ése yo he visto.
Para, mama, te lo ruego.
¿Por qué nada me dijiste
ni dices? Ay, dime, ¿es cuento?

- Nadie nos llamó de tierra
adentro: sólo éste llama.

- ¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.
Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla.

¡Ay, qué feo que era el polvo,
y la duna qué agraciada!

- Échate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Óyele él habla bajito,
casi casi cuchicheo.



- Pero, ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo
braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es Demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y, aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, a pesar del miedo,
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.
Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

- Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga

y se diga como un cuento.
Él es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.



La Ballena

El mar, el inmenso mar, estaba cansado de jugar con bagatelas: las bagatelas eran las ostras a pesar de la llaga con perla; eran los pulpos y también las tortugas que pesadas y todo, él mueve con un solo dedo. Quiso, pues, cosa adulta que él alcanzase a sentir donde él palmotearse cuando está contento y que le ocupase a lo menos una ola para voltearla. Y se le ocurrió la ballena.

La ballena, nacida en despensa demasiado grande, comió mucho, y allí está, gorda que no sabe voltearse si le pica...una pulga de mar.

.....

La verdad es que le gusta estar gorda. El mar nunca se está quieto y adentro de él todo es bailoteo. Ella consigue más reposo, cierto reposo grande gracias a sus toneladas.

Poca literatura tiene la ballena, y es lástima. Yo conozco el sucedido, pero no sé contarla, de un niño de tres años que se metió en su boca, revuelto en un cardumen de pececillos, y que se perdió en sus barbas durante cinco años, como en el mar de los Sargazos o como en una selva de las nuestras y que de allí salió, ya mayorcito un buen día que la ballena se puso a asear sus barbas.

Cuando Jonás viajó dentro de ella, iba arrepentido, como se sabe, y decía su desgracia en plañidera de profeta, lo cual convocaba a los peces en torno de ella. La ballena es solitaria por dignidad de su tamaño; le molestó el mitin que llevaba en su torno y abandonó a Jonás en la primera playa.

.....

Deshuesada es más grande todavía. Los balleneros la miran, se acuerdan del Día del Juicio y guardan sus huesos para sostener el mundo cuando vaya a caerse.

Hacia el lado de Groenlandia, y hacia la Tierra del Fuego, están los huesos de las ballenas con que el mundo

va a enderezarse de nuevo para que sigan viviendo las ballenas.

Cada uno dice haber visto a la ballena. Yo también la vi navegando hacia el Sur, en día con bruma. Puede haber sido otro barco, puede haber sido un buen témpano, pero, ¿por qué no ha de haber habido una ballena para mí en tanto y tanto viaje mío?

.....

Ella se cree un navío con dos mástiles de agua, y va siempre a Inglaterra a desfilar en las revistas navales. Pero nunca llega a causa de que siempre alumbra un hijito en el camino y debe quedarse hasta el año siguiente en el que le pasa la misma cosa.

Su hijito es tan grande que el mar se da cuenta de que se ha vuelto más pesado a poco de nacer el ballenato y se pone encarnerado de olas a cantar:

*Celerín, celerato
el maryá tiene otro ballenato.*



Las barcas

Los hombres hicieron las barcas; pero ellas cobraron alma al tocar el mar, y se han liberado de los hombres. Si un día los marineros no quisieran navegar más, ellas romperían sus amarras y se irían, salvajes y felices.

Los marineros creen llevarlas, mas son ellas quienes los rigen. Los incitan cuando se adormecen en las costas, hasta que ellos saltan a los puentes.

Si arriban a las costas, es por recoger frutos: las piñas, los dátiles, las bananas de oro. El mar, amante imperiosa, les pide la fragancia de la tierra, que las olas aspiran, irguiéndose.

Desde que las barcas tocaron agua viva, tienen alma salvaje. Engañan a los pilotos con que siguen su camino. Van por la zona verde, donde el mar se endurece de tritones y choca como muchos escudos.

Nunca saben los pilotos el día preciso de los puertos; consultan siempre algún error en los cálculos, y este error es el juego de las barcas con las sirenas.

Tienen las barcas cabelleras de jarcias, pecho de velamen duro, y caderas de leños amargos. Sus pies van bajo el agua como los de las danzadoras de largas túnicas.

Llevaron a los descubridores. Mientras ellos dormían, las barcas burlaron sus sendas...

Porque se hacen signos secretos con las islas desconocidas, y las penínsulas las llaman alargándose como un grito.

No van llevando a los hombres a vender sus paños; se echaron al mar para existir libres sobre él.

Si un día los hombres no quieren navegar más, ellas se irán solas por los mares, y los marinero desde las playas, gritarán de asombro al saber que nunca fueron pilotos. Que, como las sirenas, ellas son hijas de la voluntad del mar.

Un mito americano: El Caleuche de Chile

El Caleuche es un barco pirata, es decir, un forajido del agua noble, que para cumplir mejor sus aventuras, corre millas y millas por debajo de ella, tan escondido que en semanas y meses se le pierden las trazas y parece que ya se ha muerto o ha dejado por otro el mar de los chilotas. El mar ha pactado con él desde todo tiempo y le cumple el convenio de esconderle al igual que sus madréporas y sus últimos peces de pesadilla.

Pero de pronto, en las noches más sola de aquellas del sur, el Caleuche saca entero su cuerpo de ballena y corre un buen trecho a ojos vista, navegando a toda máquina (que las tendrá), casi volando, sin que pueda darle alcance ni barco ballenero ni pobrecita lancha pescadora que se les ocurra seguirlo.

Aquello que corre, a la vista de los pescadores locos de miedo, es un cuerpote fosforescente, de proa a popa, sin velas, que de nada le servirían, cuya cubierta pulula de demonios del mar y una tribu de brujos asimilados a ellos. Y el todo, aperos y equipaje, ofrece un aire de festival o de kermesse, arrancada a la costa y que va por el mar corriendo a una cita para solemnidad aún mayor.

El motor que lo lleva a la velocidad del delfín no hay por donde se le rompa ni le estalle, como que no lo mueven petróleos o alcoholes habrá salido de la forja submarina y de los metales del mar, y lo conduce “el Arte”, ejercido por un alto comando de hechicería oceánica.

Acérquense un poco los perseguidores de la presa “alumbrada” y antes de que ojeen y cacen el secreto, el palacio ardiendo del Caleuche se para en seco, se apaga como un gran tizón y deja un troncazo muerto, oscura pavesa que flota a la deriva de las olas y chasquea a los que ya pintaban victoria.

El Caleuche por ser criatura viva por sí misma y puede ser industria suma de los demonios hecha con oro del mar,

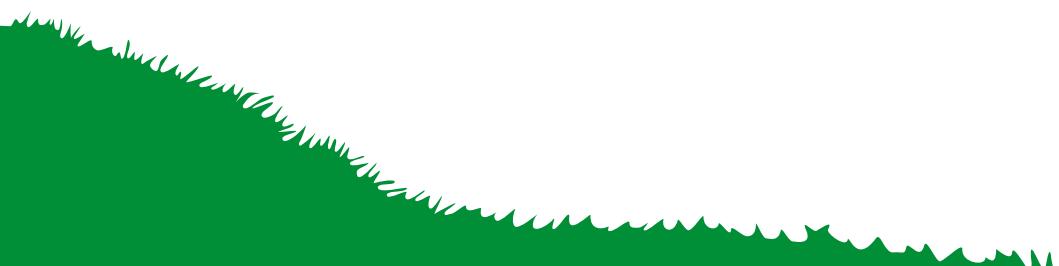
y cáñamos del mar, y azafranes del mar, que lo convierten en organismo o fábrica de fuego.

.....

Yendo por el mar austral, todos hemos cruzado el Caleuche sin verlo, cada marea del sur tiene gusto y tactos del Caleuche, y el puelche patagón le ha puesto la mano encima aunque sea en el momento en que saca el pecho del agua.

Va y viene de vuelta el Caleuche, pero no se sabe hacia dónde navega para ir tan desaforado ni qué encargo cumplió en el final de su viaje, que viene tan rozagante de vuelta. Y si hace el viaje por el viaje, será que, como los marineros, tomó el amor de la sal y no puede vivir en la tierra, donde nosotros bebemos agua dulce.







la tierra

Tierra chilena

Danzamos en tierra chilena,
más bella que Lía y Raquel;
la tierra que amasa a los hombres
de labios y pecho sin hiel...

La tierra más verde de huertos,
la tierra más rubia de mies,
la tierra más roja de viñas,
¡qué dulce que roza los pies!

Su polvo hizo nuestras mejillas,
su río hizo nuestro reír,
y besa los pies de la ronda
que la hace cual madre gemir.

Es bella, y por bella queremos
sus pastos de rondas albear;
es libre y por libre deseamos
su rostro de cantos bañar...

Mañana abriremos sus rocas,
la haremos viñedo y pomar;
mañana alzaremos sus pueblos;
¡hoy sólo queremos danzar!

El corro luminoso

Corro de las niñas
corro de mil niñas
a mi alrededor:
¡oh Dios, yo soy dueña
de este resplandor!

En la tierra yerma,
sobre aquel desierto
mordido de sol,
¡mi corro de niñas
como inmensa flor!

En el llano verde,
al pie de los montes,
que hería la voz,
¡el corro era un solo
divino temblor!

En la estepa inmensa,
en la estepa yerta
de desolación,
¡mi corro de niñas
ardiendo de amor!

En vano quisieron
quebrarme la estrofa
con tribulación:
¡el corro la canta
debajo de Dios!



La tierra

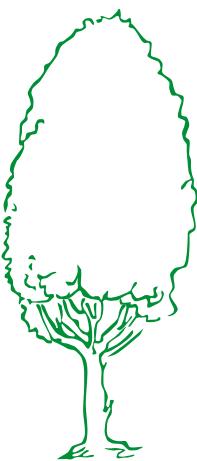
Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la Tierra,
y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...

Se oyen cosas maravillosas
al tambor indio de la Tierra:
se oye el fuego que sube y baja
buscando el cielo, y no sosiega.
Rueda y rueda, se oyen los ríos
en cascadas que no se cuentan.
Se oyen mugir los animales;
se oye el hacha comer la selva.
Se oyen sonar telares indios.
Se oyen trillas, se oyen fiestas.

Donde el indio lo está llamando,
el tambor indio le contesta,
y tañe cerca y tañe lejos,
como el que huye y que regresa...

Todo lo toma, todo lo carga
el lomo santo de la Tierra:
lo que camina, lo que duerme,
lo que retoza y lo que pena;
y lleva vivos y lleva muertos
el tambor indio de la Tierra.

Cuando muera, no llores, hijo:
pecho a pecho ponte con ella
y si sujetas los alientos
como que todo o nada fueras,
tú escucharás subir su brazo
que me tenía y que me entrega
y la madre que estaba rota
tú la verás volver entera.



El musgo

Aunque tus ojos, chiquillo,
rebrillaron en los álamos
y gritaste al encontrar
maitén -sombrea- ganados,
también te enamorarás
del musgo aterciopelado,
del musgo niño y enano,
humilde y aparragado.

Ellos no quieren subir
como el pino encocorado
y no pidieron ser vistos
ni doncelear de ramos.

Ellos duermen, duermen, duermen,
y callan empecinados,
dueños del tronco del coigüe,
de las moradas vacías
y el jardín abandonado.

Abájate y acarícialos,
que aman ser acariciados.
A los vivos ellos visten
y crecen con gran fervor
en donde sueñan los muertos
que están bien adormilados.
Ellos dan sólo a la noche
su corona de rocío
y en subiendo el sol se acaban...



La encina

A la maestra señorita Brígida Walker

I

Esta alma de mujer viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

Pasta de nardos suaves, pasta de robles fuertes,
le amasaron la carne rosa del corazón,
y aunque es altiva y recia, si miras bien adviertes
un temblor en sus hojas que es temblor de emoción.

Dos millares de alondras el gorjeo aprendieron
en ella, y hacia todos los vientos se esparcieron
para poblar los cielos de gloria. ¡Noble encina,

déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alto, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!

II

El peso de los nidos ¡fuerte! no te ha agobiado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado
que el ser ancha y espesa para saber cubrir.

La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;
la vida tumultuosa golpea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.

De tanto albergar nido, de tanto albergar canto,
de tanto hacer tu seno aromosa tibieza,
de tanto dar servicio, y tanto dar amor,

todo tu leño heroico se ha vuelto, encina, santo.
Se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza,
¡y pasará el otoño sin tocar tu verdor!

III

¡Encina, noble encina, yo te digo mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que cuando
el rayo de dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno, el seno del Señor!



La tortuga

Los tontos la ponen en cada discurso sobre el progreso para ofender las lindas lentitudes.

Ella ha vivido cuarenta años en este patio cuadrado, que tiene solamente un jazmín y un pilón de agua que está ciego. No conoce más de este mundo de Dios que recorren los salmones en ocho días.

Han echado en su sitio una arena pulida y ella la palpa y palpa con el pecho. La arena cruje dulcemente y resbala como un agua lenta.

Ella camina desde la arenilla hacia un cuadro de hierba menuda que le es familiar como la arena y estas dos criaturas, arena y hierba rasada, se le ocurren dos dioses dulces.

Bebe sin rumor en el charco. Mira el cielo caído al agua y el cielo le parece quieto como ella. Oye el viento en el jazmín. Caen unas hojas amarillas, que le tocan la espalda, y se le entra una cosa fría por lo bajo de la caparazón. Se recoge entonces.

Una mano vieja le trae alimento; otra nuevecita tañe en la caparazón con piedrecillas... La mano cuerda aparta entonces a la loca.

Brilla mucho la arena a cierta hora y el agua resplandece. Después el suelo es de su color y ella entonces se adormece. La parada conoce el mundo, muy bien que se lo sabe.

Todas las demás cosas hacen algo; el pilón gotea y la hierba sube; en ella no parece mudar nada. ¿No muda? Aunque ella no lo sepa, su caparazón engruesa: se azoraría si lo supiese.

Al fin ha muerto. Un día entero no se supo nada: parecía solo más lenta... La cabeza entró en su estuche; las patas en su funda. La arena se dio cuenta de que se encogía un poquito más.

La dejaron orearse; después la han vaciado. Ahora hay sobre la mesa una concha espaciosa, urna de hierro viejo, llena de silencio.



El topo

El enano del centro de la tierra le prometió una esposa subterránea. Él comprendió que debía bajar a su encuentro. De ahí los subterráneos y las galerías que ha ido labrando hasta hacer allá abajo uno como árbol de espacio, lleno de ramas sombrías. Será el palacio de las bodas.

Naturalmente, con el polvo levantado y con la obscuridad se fue quedando ciego, cosa que no le ha importado porque la esposa no es criatura de la luz.

Y, naturalmente, con aquel mucho silencio se le ha hecho un oído delicadísimo y un paso inefable.

La novia tarde en subir y, terminada la casa, ha habido que llenar con algo el tiempo. Él vio, un día, subir la noche de las entrañas de la Tierra como un pesado bostezo por las ramas de su árbol de espacio.

(Porque todos los que han dicho que la noche baja del cielo dijeron mentira: sube como un vapor del centro del mundo y como un vapor lo envuelve).

El topo anda allá abajo, ayudando a los otros que hacen la noche, cada doce horas, como un vellón enorme de oveja negra. Ahora es de los más finos artesanos.

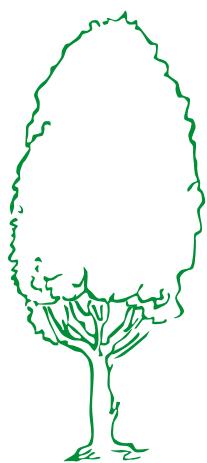
El material de la noche fue ensayado en sí mismo: el topo se hizo una pelliza sigilosa que no le choca contra ningún objeto y cuyo tacto será muy de gusto de la esposa.

¿Lo oís caminar? Cuando arriba es de día, va y viene, recogiendo con un ademán suave de las manos, como quien recoge un ovillo, la obscuridad de las galerías y al caer la tarde, hace subir el gran vellón hasta la superficie del mundo y vuelve a bajar.

Se sienta en el tronco de su árbol de espacio con el oído atento, espiando el cortejo del Centro de la Tierra.

Los tontos de arriba le atribuyen su misma calidad. El Gran Enano del Centro de la Tierra sabe que la inteligencia está hecha un poco de capacidad de silencio y otro de lentitudes.

Ya no falta sino la desposada: en las galerías hay
grandes pieles de sombra mejores que las del oso negro y lo
mejor de todo para ella: el pecho suavísimo del desposado.



El higo

Tocadme: es la suavidad del buen satín, y cuando me abrís, qué rosa más inesperado. ¿No te acuerdas de algún manto negro de rey que debajo ardía en rojo?

Florezco hacia adentro para gozarme en una mirada, a mí mismo, siquiera una semana.

Después el satín se abre, generosamente, en un gran pliegue de larga risa congolesa.

Los poetas no han sabido ni el color de la noche ni el del higo de Palestina. Ambos somos el mayor azul, un azul apasionado que, de su pasión, se adensa.

Si derramo mis flores apretadas en tu mano, te hago una pradera enana y te cubro con ella hasta los pies... No, las dejo atadas, y me dan el hormigueo de estambres que también se siente la rosa en reposo.

Yo soy también una pasta de rosas de Sarón, magulladas.

Deja que haga mi elogio: los griegos se alimentaban de mí y me han alabado menos que a Juno que no les dio nada.

El sauce

Eso de que tengo una gran pesadumbre es una
ocurrencia de las gentes sentimentales. El álamo busca el
cielo y yo, el agua. Me gusta esa cosa viva que se desliza
como un ángel sobre su vestidura larga y que en los
estanques tiene el pecho tibio.

Han bajado mis ramas por ella y con la punta de mis
dedos la conozco y la oigo. Os pido que no me cortéis el
ramaje a flor del agua: es como si os bajaran el semblante
que estábais besando.

La palmera roza el aire con sus brazos abiertos y
dichosos; yo me deleito en el agua. Pasa, pasa, y está allí
siempre.

Tiene un hijo mío sumido en ella; otro sauce más
sombrío que no sé dónde acaba. Ahí está. Se mueve
con una suave pesadez y se llena en momentos de luces
moradas. Bájame más, un poco más para verlo bien. Me
sobra la cabeza y la atmósfera también está de más. Bien
tendido sobre el canal, como las hierbas, mejilla contra
mejilla, como se están las ninfas, yo sería dichoso.



Por qué las cañas son huecas

Al mundo apacible de las plantas también llegó un día la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda y en poco tiempo más no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los jardincillos locos en la aventura de la lucha por la igualdad.

Pero ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No, la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación fue el ideal. El maíz no pensó hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de éste y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad, vanidad, vanidad! Delirio de ser grande, aunque siéndolo contra Natura, se caricaturizaron los modelos. En vano algunas flores cuerdas -las violetas medrosas y los chatos nenúfares- hablaron de la ley divina y de soberbia loca. Sus voces parecieron chochez.

Un poeta viejo con las barbas como Nilos, condenó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los órdenes.

¿Cómo lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos.

Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa, y fue así como se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de los astros.

Al día siguiente, los campesinos se desmayaron -saliendo de sus ranchos- ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro.

Era para enloquecer. Los animales rugían de espanto,

perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados en sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de las semillas: ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de hierba.

Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa pastosa y oscura, en que desaparecían por completo.

Entre tanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptos...

Dícese que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia.

Y fue de este modo. Las violetas, que gustan de la sombra, con las testas moradas a pleno sol, se secaron.

- No importa -apresuráronse a decir las cañas-; eran una fruslería.

(Pero en el país de las almas, se hizo duelo por ellas).

Las azucenas, estirando el tallo hasta treinta metros, se quebraron. Las copas de mármol cayeron cortadas a cercén, como cabezas de reinas.

Las cañas arguyeron lo mismo. (Pero las Gracias corrieron por el bosque, plañiendo lastimeras).

Los limoneros a esas alturas perdieron todas sus flores por las violencias del viento libre. ¡Adiós cosecha!

- No importa -rezaron de nuevo las cañas-; ¡eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud, cayeron sobre el suelo en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas por vigorizar en los tallos, dieron los tubérculos raquílicos; no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían; estaban graves.

Ninguna flor de arbusto ni de hierba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas, sin achicharrarse las alitas.

De más está decir que no hubo para los hombres pan ni fruto, ni forraje para las bestias; hubo eso sí, hambre; hubo dolor en la tierra.

En tal estado de cosas, sólo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas, por fin, cayeron las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora, podridas las raíces por la humedad excesiva que la red de follaje no dejó secar.

Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora cosa irrisoria, como las marionetas y las figurillas de goma.

Nadie tuvo, ante la evidencia, argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más, en miles de años.

Natura -generosa siempre- reparó las averías en seis meses, haciendo renacer normales las plantas locas.

El poeta de las barbas como Nilos vino después de larga ausencia, y, regocijado, cantó la era nueva:

“Así, bien mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble roble y la cebada frágil”.

La tierra fue nuevamente buena; engordó ganados y alimentó gentes.

Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...



Por qué las rosas tienen espinas

Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número y por los sitios donde se las colocara.

Nadie creyera que las rosas, hoy princesas atildadas de follaje, hayan sido hechas para embellecer los caminos.

Y fue así sin embargo.

Había andado Dios por la Tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver al Cielo se le oyó decir:

- ¡Son muy desolados esos caminos de la pobre Tierra! El sol los castiga y he visto por ellos viajeros que enloquecen de fiebre, y cabezas de bestias agobiadas. Se quejaban las bestias en su grato lenguaje, y los hombres blasfemaban. ¡Además, qué feos son con sus tapias terrosas y desmoronadas!

“Y los caminos son sagrados, porque unen a los pueblos remotos y porque el hombre va por ellos, en el afán de la vida, henchido de esperanzas si mercader; con el alma extasiada, si peregrino.

“Bueno será que hagamos tolderías frescas para esos senderos y visiones hermosas: sombra fresca y motivos de alegría”.

E hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados, los álamos larguísimos, que proyectan sombras hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras, hala de las pardas murallas.

Eran los rosales por aquel tiempo, pomposos y abarcadores; el cultivo y la reproducción repetida hasta lo infinito han atrofiado la antigua exuberancia.

Y los mercaderes y los peregrinos sonrieron cuando los álamos, como un desfile de vírgenes, los miraron pasar; y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo los frescos sauces.

Su sonrisa fue emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas rojas, blancas y amarillas,

que eran como una carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Eleváronse de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de un extraño misticismo por el prodigo.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas, lacias del sauce, no tenían atractivo; en cambio las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental, e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida en los caminos, los rosales estaban bárbaramente mutilados y con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres; y no callaron su martirio. La queja fue llevada al Señor. Así hablaron temblando de ira y más rojas que su hermana, la amapola:

- Ingratos son los hombres, Señor; no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace poco tiempo íntegras y bellas; henos ya mutiladas y miserias.

- Quisimos ser gratas al hombre y para ello realizábamos prodigios: abríamos la corola ampliamente, para dar aroma; fatigábamos los tallos a fuerza de chuparles la savia para estar fresquísimas. Nuestra belleza nos fue fatal.

- Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver los copos redondos que lo seguían. Dijo el truhán:

“- Parecen un arrebol, y saludan, doblándose como las reinas de los cuentos.

“Y nos arrancó dos gemelas con un gran tallo.

“Tras él venía un labriego. Abrió los ojos asombrado, gritando:

“- ¡Prodigio! ¡La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre!

“Y luego:

“- Para la Añuca y su muñeca.

“Y sacó seis. De una sola guía, arrastrando la rama entera.

“Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo; frente y ojos parecían dar luz.

“Exclamó:

“- ¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas! ¡Señor, para ir glorificándote en ella!”

“Y se llevó a nuestra más bella hermana.

“Pasó un pilluelo.

“- ¡Qué comodidad! -dijo-. ¡Flores en el caminito mismo!

“Y se alejó con una brazada, cantando por el sendero.

“Señor, la vida así no es posible. En días más, las tapias quedarán como antes: nosotras habremos desaparecido.

- ¿Y qué queréis?

- ¡Defensa! Los hombres escudan sus huertas con púas de espinos y zarzas. Algo así puedes realizar en nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque había querido hacer la belleza fácil y benévola, y repuso:

- ¡Seal Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño.

En los rosales se hincharon las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos: las espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios va borrando la bondad de su Creación.



La raíz del rosal

Bajo la tierra como sobre ella hay una vida, un conjunto de seres que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros las raíces de las plantas, y los hilos de agua subterráneos, prolongados como un lino palpitarador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse, un hilo de agua y una raíz de rosal:

- Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fue dejándola. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido a beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

- Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envío la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus platas al sol. Busca entonces la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló, resignado a la espera.

Cuando su cuerpo palpitarador ya más crecido salió a la luz, su primer cuidado fue buscar aquella prolongación de que la raíz hablaría.

Y, ¡oh Dios!, lo que sus ojos vieron.

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo
en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa
engalanaba la tierra.

Se fatigaban las ramas con una carga de cabecitas rosadas,
que hacían el aire aromoso y lleno de secreto encanto.

Y el arroyo se fue, meditando por la pradera en flor:

- ¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y
parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios!, ¡cómo hay
fealdades que son prolongaciones de belleza...!

El mar y la tierra



Decir el sueño

Alrededor del abuelo, que no puede dejar su sillón ni aún para salir a contemplar cómo florecen los almendros en esta primavera, los tres nietos charlan.

Luis es el fuerte, tostada la tez, la voz vibrante y los ademanes resueltos. Tiene un hablar apasionado, y los ojos negros se le encienden con extraños fuegos en el ardor de su convencimiento.

Jorge es fláccido de fisonomía y de actitud. Se parece a la madre en los ojos claros y la palabra bondadosa.

Romelio es pálido, sin tener aspecto de enfermizo. Tiene gran dulzura en el mirar y en los labios finos. Acodado en el alféizar de la ventana: el paisaje lo tiene más interesado que la charla de los hermanos.

El abuelo, entre ellos, sonríe dichoso, a pesar de sus piernas pesadas, que ya no hollarán más las hierbas de los senderos. Al mismo aposento se ha entrado la primavera en los mozos decidores y sanos.

Acompañando su discurso con ademanes violento, que le prestan extraordinaria animación, Luis charla:

- “Está al otro lado de aquella fila de colinas, y aunque no lo oís, yo sé que me llama. El mar es más bello que cualquier tierra bella. Es activo, y todo corazón animoso ama las olas viajeras, que piden llevar a los hombres de país en país, sobre su dorso claro. Cuando yo he estado junto al mar, ¡cuántas empresas heroicas me han hinchado de bríos el pecho viril!

“Un buen día dejaré, abuelo mío, tu casa y tu villa, hermosas quizás, pero de otra hermosura, y sellaré mi pacto con el mar: mi vida se gastará sobre sus olas vivas, pero él me la ha de devolver engrandecida.

“Yo he soñado con un barco grande como nuestra casa, y que era mío. Sus máquinas jadeaban llevándolo rápido sobre las masas de agua, y los marineros cantaban en la cubierta, exaltados por el viento salino y fragante. Lo más

valioso que da la tierra en la alianza con la luz, conducía yo en ese barco magnífico. Eran las maderas preciosas del trópico, eran sus frutas perfumadas y hasta sus pájaros de pluma vívida: eran todos esos dones que la tierra cálida ofrece a la tierra brumosa, que es como su hermana melancólica. La mar era propicia a mi fortuna y consentía maternalmente en que la proa osada la dejara florecida de espuma unos instantes. De la mar salían también palabras de gloria para saludar mi barco y mi corazón joven, anheloso de altos destinos”.

El cuarto apacible se ha ido llenando de las visiones soberbias que el niño evocaba. El abuelo tiene gozosamente abiertos ante ellas sus ojos, que se hacen por un momento, ardientes y maravillados.

Jorge habla lentamente y con una suave intención de dulcificar el alma del viejo:

- “¿Para qué ir tan lejos, si junto a nosotros la vida se ofrece buena?

“Yo amo la tierra que mis padres cultivaron y que las plantas del pobre abuelo han dejado también perfumada. Yo quiero serle fiel, porque fue fecunda en servicios para los míos, y le he de dar la juventud de mis brazos y de mi corazón.

“Todos mis ensueños se encaminan hacia la piadosa empresa de volverla más bella y más opulenta. He de conducir a ella aquellas máquinas que hoy hacen mejor que los hombres la obra de llenar los surcos primero, y de aliviarlos después de su fecundidad dolorosa.

“Amorosamente iré en su ayuda, para que el producto no la fatigue demasiado ni la agote; amorosamente le llevaré las sales que la vigorizan, la surcaré de canales profundos y de caminos amplios.

“Al son de canciones, es decir, con santa alegría, le abriré el seno: al son de canciones también, se lo llenaré de

gérmenes y se lo refrescaré en los días ardientes del estío.

“La tierra es hermosa, por sobre toda hermosura: rizada de trigos, nevada de cerezos en flor y pintada de follajes caducos en el otoño opulento.

“Y seguro está todo amor que descance en ella, y toda esperanza que se cifre en su polvo sagrado. Quizás, Luis, tu mar te traicione alguna vez: ella no podrá sino serme leal siempre.

“Me quedo con ella, enamorado de su prodigo y agradecido de su largo sustentar a los de mi raza”.

El abuelo sonríe, agradecido él también a la lealtad del que no quiere dejarlo.

Romelio calla. Los hermanos le instan para que diga su sueño.

- “¿No os importa la tarde, que se está deshojando afuera como un rosal encendido, con qué belleza apacible?

“Seguro estoy de que no hay bajo el cielo otra tierra más hermosa que ésta que conocen mis ojos felices. Y porque estoy lleno de su suave orgullo por ella, la empresa será de copiarla todo lo bellamente que alcance.

“Quizás pensáis que seré un inútil entre vosotros; pero también es ésta una manera de amar la tierra, sin pedirle nada fuera del gozo que pide su tranquila adoración.

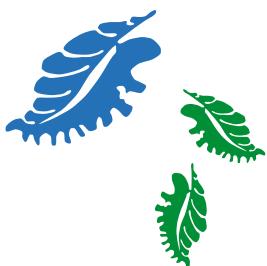
“Mientras hablabais, estaban ociosas mis manos, pero mi espíritu se hacía todo vivo para recoger en las pupilas este instante soberano de los cielos y la tierra.

“Hay momentos en que el paisaje es tan vigoroso, enrojecido por un sol de ocaso, que exalta el corazón como los más intensos himnos guerreros; otras veces cobra la suavidad de las canciones de cuna.

“También hay santidad en ser un amoroso de la obra de Dios, sentirla muy hondamente y recogerla con reverencia. Y yo no haré otra cosa, mientras estén mis ojos abiertos a este encanto profundo y delicado”.

Habla con dulzura y sigue mirando el paisaje, como un hechizado.

El abuelo también sonríe, dichoso de oírlo. Porque también la belleza cupo en su corazón suave y viril.





De puño y letra

De puño y letra es un regalo para el lector, una selección de documentos originales de los autores que son parte de la Biblioteca Nacional.

Para este libro seleccionamos el cuento *Caperucita Roja*, versión del clásico cuento de Charles Perrault, manuscrito y mecanografiado por la propia Gabriela Mistral hacia 1924.

Poesías escolares

Caperucita Roja.

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado más próximo hace de estancia,
Caperucita Roja, la de cabellos rubios,
tiene el corazóncito tierno como un pañuelo.

A las primeras luces ya se ha puesto en casa
i va cruzando el bosque con un pañuelo andando,
Sale al paso Macaco Lobo, de ojos diabólicos,
"Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas."

Caperucita es cándida como los lirios blancos,
"Abuelita ha enfermado. Le lleva agua caliente
i un puchero de maíz que dentro mantiene,
i Saldrá del pueblo más próximo." Vino a la entrada de casa.

Y después, por el bosque discurriendo entre
recién bayas rojas, corta ramas en flor tanta
i celebra una fiesta de unas mariposas pintadas
que le hacen alardarse del punto del traje.

El Lobo fabuloso de tranquilidad dientuda
ha pecado ya el turquío, i el molino, el albañil
i golpea en la fálida puerta de la abuelita
que le abre. (A la niña le ha anunciado el traje)

No tres días el perfido no hace de bocado,
i la abuelita inválida, quien la va a defendir,
se la come i sonriendo satisfechamente
i se ha puesto en la cama las ropas de noche.

Zagan dedos menudos a la entromada puerta
de la arrugada cama diez el lobo, i la enferma
la ropa ronca. - Pero la abuelita está enferma
la niña ingenua explica. - "De parte de mamá,

Caperucita ha entrado, olorosa de bayas
se fijan las en las manos, fajos de salvia al fin
"Déjalo pastelillo, una entidarme el hielo"
Caperucita cede al reclamo de amor.

"De entre la cofia, salen las orejas monstruosas"
"Porque tan largas?" dice la niña con curiosidad
"¡Y el Velludo engañó, abrazado a la niña!"
"Para qué tan tan largas? Para oírte mejor"
"El cuerpito roso le dilata, los ojos
el terror en la mira los dilata también
"Abuelita, decidme: ¡porque esos grandes ojos!"
"Corazoncito mío, para mirarte bien."

"El viejo lobo rie, ¡entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor."
"Abuelita, decidme: ¡porque esos grandes ojos!"
"Corazoncito, para devorarte mejor."

"Ha arrallado el Velludo bajo sus pelos
el cuerpito temblor, engole como una aceituna
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón."

C A P R U C I T A R O J A

Caperucita Roja visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de los rizos rubios,
tiene el corazoncito tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con un pasito audaz..
Le sale al paso Maese Lobo , de ojos diabólicos.
"Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas."

Caperucita es cándida como los lirios blancos...
—"Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave , que desliza manteca.
Sabes del pueblo próximo ?Vive a la entrada de él.

Y después , por el bosque discurriendo encantada
recoge bayas rojas, corta ramas en flor,
y se enamora de unas mariposas pintadas
que le hacen olvidarse del viaje del Traidor...

El Lobo fabuloso de blanqueados dientes,
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcornoque,
y golpea en la plácida puerta de la abuelita
que le abre.(A la niña ha anunciado el Traidor .)

Ha tres días el pérrido no sabe de bocado.
Pobre abuelita inválida, quién la va a defender .
...Se la comió sonriendo, sabia y pausadamente
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta,
De la arrugada cama dice el Lobo:- " Quién va ?"

La voz es ronca.-" Pero la abuelita está enferma",
la niña ingenua explica."De parte de mamá."

Caperucita ha entrado , olorosa de bayas.
Le tiemblan en la mano gajos de salvia en flor.
" Deja los pastelitos; ven a entibiarne el lecho."
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cefia salen las orejas monstruosas.
" Por qué tan largas ?" , dice la niña con candor.
Y el velludo engañoso, abrazado a la niña :
" Para qué son tan largas ? Para oírte mejor."

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
" Abuelita , decíreme, por qué esos grandes ojos ?"
" Corazencito mío, para mirarte bien...."

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
-"- Abuelita, decidme : por qué esos grandes dientes ?"
-"- Corazoncito, para devorarte mejor...."

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón.....

Procedencia de los textos de Gabriela Mistral recopilados para esta antología

Las nubes.

Gabriela Mistral. En: *Antología poética de Gabriela Mistral*. Alfonso Calderón. Editorial Universitaria. Décimo tercera edición. Santiago, 2001. Página 62.

Balada de la estrella.

En: *Poesía infantil*. Gabriela Mistral. Editorial Andrés Bello. Décima edición. Santiago, 2002. Página 72.

El ángel guardián.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Páginas 198-199.

Emigración de pájaros. En Poema de Chile.

Gabriela Mistral. Texto revisado por Doris Dana. Editorial Pomaire, Santiago, 1967. Páginas 27-29

Miedo.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Páginas 124-125.

El águila.

Gabriela Mistral. *Zoología lírica*. Paris, 1928. Citado por Otto Morales Benítez en Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia. Convenio Andrés Bello. Tomo II. Bogotá, Colombia, 2002. Páginas 421-422.

Las golondrinas.

Gabriela Mistral. *Zoología lírica*. Paris, 1928. Citado por Otto Morales Benítez en Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia. Convenio Andrés Bello. Tomo II. Bogotá, Colombia, 2002. Página 421.

La manca.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Página 142.

Canción de pescadoras.

Gabriela Mistral. En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Página 67.

El mar En Poema de Chile.

Gabriela Mistral. Texto revisado por Doris Dana. Editorial Pomaire, Santiago, 1967. Páginas 63-65.

La ballena.

Gabriela Mistral. En: *Estampas de animales. El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá, 22 de abril de 1934. Citado por Otto Morales Benítez en: *Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia*. Convenio Andrés Bello. Tomo II. Bogotá, Colombia, 2002. Páginas 428-429.

Las barcas.

Gabriela Mistral. En *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. Bogotá, 27 de julio de 1927. Citado por Otto Morales Benítez en: *Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia*. Convenio Andrés Bello. Tomo III. Bogotá, Colombia, 2002. Página 70.

Un mito americano: el Caleuche de Chile.

Gabriela Mistral. En: *El Tiempo*. Bogotá, 9 de julio de 1936. Citado por Otto Morales Benítez en: *Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia*. Convenio Andrés Bello. Tomo I. Bogotá, Colombia, 2002. Páginas 408-410.

Tierra chilena.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Página 85.

El coro luminoso.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Páginas 102-103.

La tierra.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Páginas 173-174.

El musgo.

En: *Poema de Chile*. Gabriela Mistral. Texto revisado por Doris Dana. Editorial Pomaire, Santiago, 1967. Página 215.
La encina. En: *Desolación*. Gabriela Mistral. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954. Páginas 71-72.

La tortuga.

Gabriela Mistral. Publicado con el título *Estampas de animales, apuntes de los jardines zoológicos de París, Amberes y Marsella: El faisán dorado, La jirafa, La cebra, La alpaca, El topo, El armadillo, La tortuga, Una lechuza, Una serpiente de Java*, en *El Mercurio*, Santiago, 29 de agosto de 1926. p.3, 9 de enero 1927, página 3, y 4 de diciembre de 1932, p.1. Seleccionado por Jaime Quezada en *Cuenta Mundo*. Editorial Universitaria. Santiago, 1993. Páginas 24-25.

El topo.

Gabriela Mistral. Publicado con el título *Estampas de animales, apuntes de los jardines zoológicos de París, Amberes y Marsella: El faisán dorado, La jirafa, La cebra, La alpaca, El topo, El armadillo, La tortuga, Una lechuza, Una serpiente de Java*, en *El Mercurio*, Santiago, 29 de agosto de 1926. p.3, 9 de enero 1927, página 3, y 4 de diciembre de 1932, p.1. Seleccionado por Jaime Quezada en *Cuenta Mundo*. Editorial Universitaria. Santiago, 1993. Páginas 20-21.

El higo.

Gabriela Mistral. Publicado en *El Mercurio*, Santiago, 31 de octubre de 1928. p.5. Seleccionado por Jaime Quezada en *Cuenta Mundo*. Editorial Universitaria. Santiago, 1993. Páginas 35-36.

El sauce.

Gabriela Mistral. Publicado en *El Mercurio*, Santiago, 31 de octubre de 1928. p.5. Seleccionado por Jaime Quezada en *Cuenta Mundo*. Editorial Universitaria. Santiago, 1993. Páginas 36-37.

Por qué las cañas son huecas.

En: *Desolación*. Gabriela Mistral. Sección: *Prosa Escolar: Cuentos*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954. Páginas 247-249.

Por qué las rosas tienen espinas.

En: *Desolación*. Gabriela Mistral. Sección: *Prosa Escolar: Cuentos*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954. Páginas 250-252.

La raíz del rosal.

En: *Desolación*. Gabriela Mistral. Sección: *Prosa Escolar: Cuentos*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954. Páginas 253-254.

Dicir el sueño.

Gabriela Mistral. En: *Segundo libro de lectura* de Manuel Guzmán Maturana. (1917). Seleccionado por Jaime Quezada en *Cuenta Mundo*. Editorial Universitaria. Santiago, 1993. Páginas 61-64.

La cuenta mundo.

En: *Ternura*. Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 2014. Página 149.

Bibliografía

Ternura.

Gabriela Mistral. Prólogo de Jaime Quezada.
Editorial Universitaria. Santiago, 2014.

Desolación.

Gabriela Mistral. Editorial del Pacífico. Santiago, 1954.

Poema de Chile.

Gabriela Mistral. Texto revisado por Doris Dana. Editorial Pomaire,
Santiago, 1967.

Recopilación de la obra mistraliana: 1902-1922.

Compilador: Pedro Pablo Zegers B. Gobierno de Chile.
Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura y RIL Editores,
Santiago, 2002.

Cuenta-mundo.

Gabriela Mistral. Santiago de Chile. Prólogo, selección y notas de
Jaime Quezada. Editorial Universitaria. Santiago, 1993.

Antología poética de Gabriela Mistral.

Alfonso Calderón. Editorial Universitaria. Décimo tercera edición.
Santiago, 2001.

Magisterio y niño.

Gabriela Mistral. Recopilación de Roque Esteban Scarpa. Editorial
Andrés Bello, Santiago, 1979.

Poesía infantil.

Gabriela Mistral. Editorial Andrés Bello.
Décima edición. Santiago, 2002.

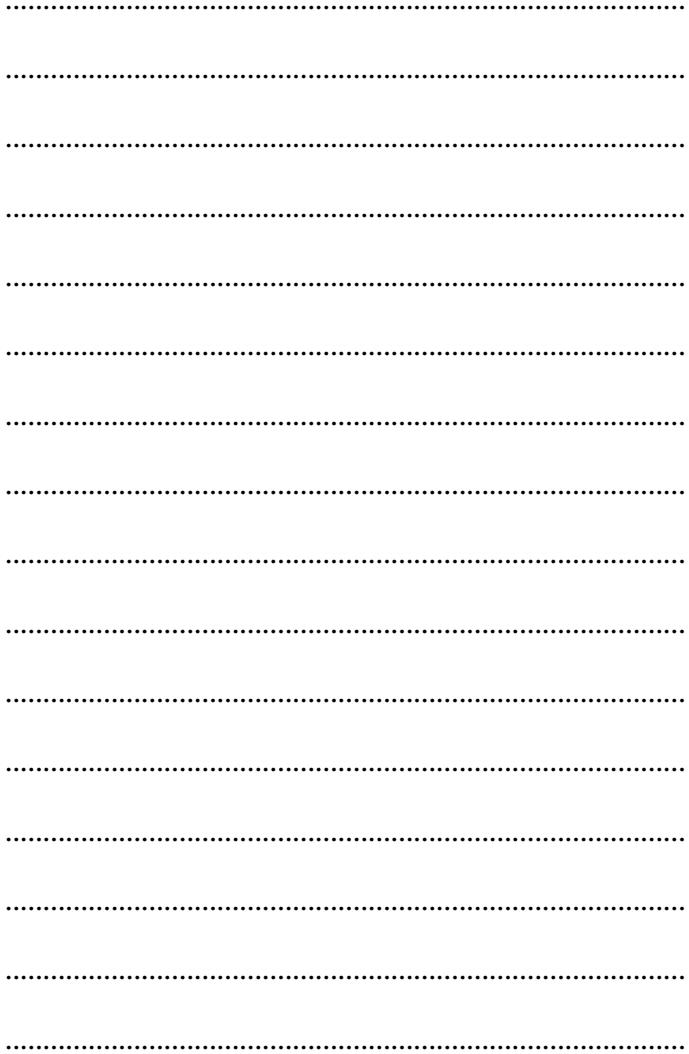
Antología de poesía y prosa de Gabriela Mistral.
Selección y prólogo de Jaime Quezada. Fondo de Cultura
Económica, Santiago, 1997.

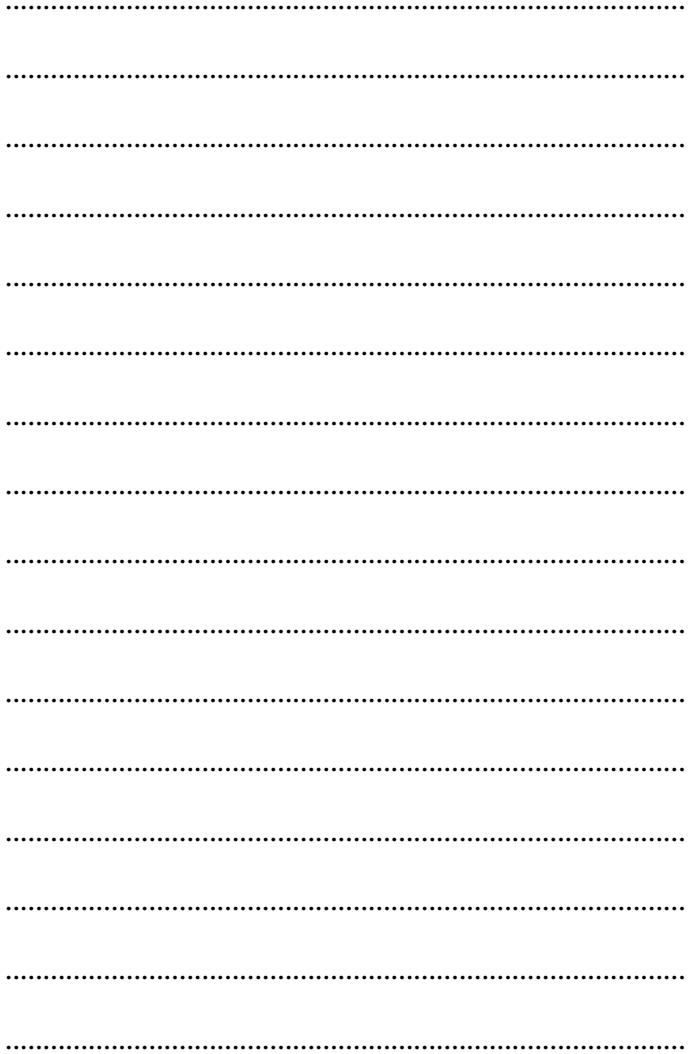
Gabriela Mistral: su prosa y su poesía en Colombia.
Otto Morales Benítez. Convenio Andrés Bello. Tomo I, II y III.
Bogotá, Colombia, 2002.

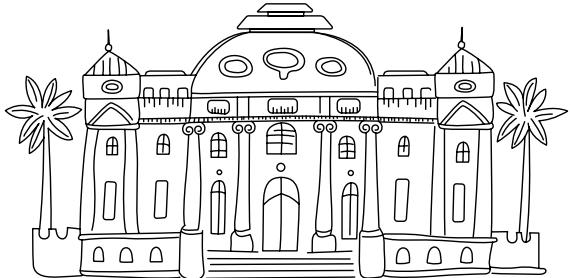
*Caperucita Roja, La Cenicienta, La Bella Durmiente, Blanca Nieve
en la casa de los enanos.*
Gabriela Mistral. Editorial Amanuta, 2012.



Al igual que Gabriela tú debes tener tu lugar o habitante de la naturaleza favorito, en esta página escribe tu propio poema o historia sobre él.







Es imposible pensar en el futuro del patrimonio sin pensar en los niños, nuevos lectores y próximos creadores de memorias, pensadores responsables del futuro relato de nuestro país. Por lo que, en el marco de los 70 años del Premio Nobel de nuestra poeta Gabriela Mistral, Ediciones Biblioteca Nacional publica *Cielo, mar y tierra*, primer título de su línea infantil, una selección de poesía y prosa sobre el entorno natural que habitan y aman los niños. Para Gabriela siempre fue muy importante el cuidado y respeto a la naturaleza, la pasión por la lectura y el amor por los niños, es con ese espíritu que fue pensado y editado este libro. El texto fue compuesto con la familia tipográfica Biblioteca, desarrollada por Roberto Osse junto a Diego Aravena, César Araya y Patricio González. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos Chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de 1.000 ejemplares y fue impresa en Salesianos Impresores. Santiago de Chile, julio de 2018.



Edición especial realizada por la Dirección de Asuntos Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (DIRAC) y la Biblioteca Nacional de Chile, en el marco del programa de difusión del patrimonio bibliográfico, de acuerdo a lo establecido en la Política Nacional de la Lectura y el Libro 2015-2020.



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y
el Patrimonio

Gobierno de Chile